

**Inspectoría Salesiana
«Nuestra Señora de la Asunción»**

Don Bosco y Humaitá, C.C.587
ASUNCIÓN, PARAGUAY



PADRE MARIO CLEVA

12/08/35 - 12/01/97

Pesariis — Tolmezzo

52 B 179





*“Bienaventurados los pobres...
Bienaventurados los mansos...
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...
Bienaventurados los que trabajan por la paz...” (Mt. 5, 3-9)*

El texto de las bienaventuranzas, que fue proclamado en el entierro de nuestro hermano Mario en su tierra natal, ilumina de esperanza la vida y la muerte de quien deja todo y elige seguir al Señor en la vida religiosa y sacerdotal, con una actitud de donación total a Dios y a los hermanos y de desprendimiento, en el mismo espíritu de las bienaventuranzas.

Esto vale particularmente para la vida y la muerte del P. Mario Cleva, del cual damos aquí unas pinceladas biográficas.

LA HISTORIA DE SU VIDA

El P. Mario Cleva nació el 12 de agosto de 1935, en un pueblito de los Alpes italianos, llamado Pesariis, cerca de la frontera con Austria y Eslovenia.

Tuvo una infancia difícil. A los dos años queda huérfano de mamá y solo con un hermano y el padre, inválido, al que también pierde a la tierna edad de 11 años, asesinado trágicamente en la lucha entre los guerrilleros (partigiani) y las tropas alemanas, ocupantes de aquella zona de la Carnia. Su tía Lucía tomó al huérfanito como a un hijo y lo llevó consigo cuando después de la guerra, ella y su marido, piemontés, se trasladaron a Turín.

Fue en Turín donde Mario conoció a los salesianos, particularmente durante su corta estancia en Cumiana, como alumno interno de la que era, entonces, una floreciente escuela agrícola. En tal ambiente de estudio y trabajo, Mario se sintió llamado a la vida salesiana y por eso fue enviado al aspirantado salesiano de Penango, para los estudios de secundaria y, después, al noviciado de Villa Moglia. Allí, con 17 años recién cumplidos, profesó como salesiano; renovó sus votos en la Crocetta tres años más tarde y, de nuevo en Villa Moglia, en 1958, profesó perpetuamente a los 23 años.

Además de los estudios pedagógicos, que lo habilitaron como maestro normal, realizó estudios de filosofía y teología en el Pontificio Ateneo Salesiano, obteniendo la licenciatura en ambas disciplinas.

A los 28 años de edad fue ordenado sacerdote en la Basílica de María Auxiliadora, por el Obispo salesiano Mons. José Cognata, fundador de las Salesianas Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús; era el 9 de febrero de 1964. Ha vivido, pues, casi 33 años de sacerdote, de los cuales 30 en Paraguay, adonde llegó en 1967.

Por su carácter cordial y abierto con la gente, sobre todo con los jóvenes, el Rector Mayor Don Ricceri vio en el joven sacerdote temple de animador y promotor de vocaciones. Por eso, desde 1965, pasa al Piamonte y a

Lombardía, de parroquia en parroquia y a las escuelas y oratorios parroquiales, motivando y enviando muchos jóvenes a los encuentros vocacionales y a los aspirantados.

Fue, después, nombrado director de la revista “Gioventú Missionaria”, que procuró hacer revivir tras un periodo de crisis.

Por mediación del P. Archimedes Pianazzi, que visitó la casa de formación de Yparacáí, fue enviado a la misma para reforzar el plantel docente. De este modo era aceptado el ofrecimiento que Mario había hecho al iniciar sus estudios de filosofía, de ir a las misiones.

Llegó así al Paraguay a fines de 1967; en Ypacaraí se puso enseguida a trabajar, creando con los estudiantes un ambiente de espontáneo compromiso y alegría.

Con la ayuda del P. Mario, el nivel de estudios mejoró mucho, hasta el punto de que él y otros profesores del Instituto fueron llamados por el Arzobispo de Asunción para colaborar dando clase en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica.

Cuando, unos años después, por la crisis vocacional generalizada en esa época, agudizada profundamente en el 71, se impuso la necesidad de transferir el reducido grupo de estudiantes a Asunción para proseguir los estudios en la Universidad Católica, el P. Mario les acompañó, además de ser un estimado profesor de la mencionada Universidad.

Citamos una anécdota de esos tiempos, en que la dictadura estronista reprimía particularmente el ambiente universitario. También Mario fue apresado por unos días por un tristemente famoso jefe de policía. Fue “alojado” no en celdas comunes, sino en uno de los despachos. Liberado después de tres días, por mediación del querido Paí Pérez, Mario contaba que por solidaridad con los estudiantes, cuyos gritos le llegaban desde las celdas de los pisos inferiores, durmió no en el living a su disposición, sino en el piso.

Después de esa experiencia, que fue profunda, porque luego de las grandes represiones se sentía en cierto modo culpable por predicar abiertamente la libertad y los derechos humanos, y así muchos jóvenes caían presos y torturados, abandonó la cátedra universitaria optando por otras formas de servicio social, dedicándose de lleno a los jóvenes obreros de la Escuela Profesional del Salesianito.

Animador de ese centro profesional y económico del mismo, procuró mejorar la formación humana y cristiana de tantos jóvenes, organizando los talleres de mecánica y electricidad, para prepararlos concretamente a la vida.

Lleno de iniciativas, con pocas formalidades, y hasta con un cierto desorden propio de personas un poco geniales, procuró buscar todos los medios, en el país y en el exterior, para formar cristiana y profesionalmente a sus muchachos. Y estos le querían. Él era para ellos un amigo, un auténtico y espontáneo hermano, más que un superior.

Fue, sobre todo desde entonces, cuando empezó un deterioro progresivo de su salud.

Fueron 20 años intensos de trabajo en la administración del Colegio y la dirección de la Escuela Técnica.

También en la Conferencia Episcopal Paraguaya trabajó como encargado y promotor del Ecumenismo.

En aquellos años se dedicó, además, con entusiasmo, los sábados y domingos, a las obras sociales salesianas en Limpio, comprometiendo a sus mismos jóvenes artesanos en favor de las familias sin techo, particularmente a raíz de las grandes inundaciones del río Paraguay.

Después de tantos años en Salesianito, Mario aceptó pasar a la incipiente obra para los chicos más pobres, los de la calle, en la Obra del Menor Don Bosco Roga, a cuyo servicio dedicó los últimos años de vida.

Por su labor educativa y social tuvo el reconocimiento del Gobierno Italiano con el título y la medalla de "Cavaliere".

Lamentablemente, su salud ya estaba demasiado comprometida, pero igualmente nuestro hermano Mario daba de sí lo que podía y lo hacía con su estilo de sencillez y generosidad. A menudo protestaba por no estar de acuerdo con lo que se hacía por los chicos, pero al final tenía siempre una actitud de bondad y sin rencores.

Tuvo que ser hospitalizado varias veces; salía de los tratamientos mejorado, pero nunca del todo. Su hepatitis, nunca del todo bien curada, no perdonaba.

Trabajaba y repetía a menudo suspirando "pobre Mario, pobre Mario". Pero seguía luchando y estaba disponible para quienquiera necesitase de él.

También en su último viaje a Italia, a donde fue para un tratamiento mejor, según prescripción médica -aunque ya casi estaba en las últimas, buscaba todavía la manera de conseguir un container para enviar herramientas a sus chicos de Don Bosco Roga.

Y aunque débil de salud, en un pueblito sin párroco de su tierra ayudaría pastoralmente, cosa que hizo hasta los últimos días.

Falleció el domingo 12 de enero, a las 18 hs., en el Hospital de Tolmezzo, dejando un gran vacío en los corazones de tantas personas que él supo amar y conquistar.

Fue enterrado en su pueblo natal, con asistencia de sus familiares y de muchos sacerdotes salesianos, entre los cuales cuatro de la Inspectoría del Paraguay.

Ciertamente su deseo hubiese sido morir y ser enterrado en el Paraguay, pero las circunstancias de su enfermedad aconsejaron retrasar ese traslado y cuando se abrigaba la esperanza de una recuperación, aunque parcial, que le permitiera volver a su querida tierra de misión, sobrevino la llamada del Señor.

Sea como fuere, nuestra fe nos dice que no importa donde reposen nuestros restos, porque la muerte nos hace superar los límites del espacio y del tiempo, y así podemos ver y sentir al Padre Mario entre nosotros y pedirle que desde la casa del Padre proteja a este país, con el que se consustanció y al que amó tanto o más que a su patria de origen, y a los jóvenes paraguayos por los que entregó su vida.

ALGUNOS RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Mario perteneció a la categoría de los genios, por su inteligencia, por su originalidad y singularidad, con lo que eso conlleva también a veces de irregularidad y desorden.

Las palabras que se repiten en los distintos informes de sus años de formación al describir su forma de ser, que nosotros hemos podido comprobar en la convivencia diaria, son las siguientes: bueno, sincero, dócil, con espíritu de sacrificio, apostólicamente celoso, con iniciativa, laborioso, piadoso, generoso, original...

En su vida sacerdotal, desarrollada prácticamente toda en Paraguay, se distinguió por su amor a los jóvenes obreros y al pueblo más necesitado. Se ganó el cariño de la gente sencilla. Fue un verdadero protector de los pobres, en toda su manera de pensar y actuar.

Mario fue siempre de salud débil. Seguramente las penalidades pasadas durante la guerra, en su infancia, le dejaron secuelas insalvables. Ya a los 25 años, en los informes de los superiores, se decía que necesitaba descanso y que su salud era discreta, y en otros casos era calificada de precaria. Padeció en su infancia de pleuritis y de los riñones. Un superior, al que pidió opinión sobre el pedido para ser misionero, le contestaba desaconsejándoselo, argumentando sus problemas de salud.

En D.B.R. se le recuerda de manera especial por su espíritu de trabajo. Su salud no le permitía hacer nada, pero él agarrado a su escoba, se pasaba los días barriendo los patios y corredores y mientras, oraba y meditaba. Ese espíritu de trabajo quería inculcarlo en los chicos.

Así, con su estilo, con sus defectos y límites, con su misma lucha de abstinencia alcohólica, en la que logró superarse totalmente en los últimos años, nuestro hermano Mario, entregándose a los demás y a costa de su persona, pudo hacer tanto bien y realizar su vocación de servicio a los humildes y a los pobres, según el espíritu de las bienaventuranzas.

UNA VIDA QUE ES UN MENSAJE PARA NOSOTROS

Paí Mario nos ha dejado demasiado temprano, gastado por su forma original de trabajar y darse a los demás.

De su vida nos queda un mensaje para nosotros salesianos y para todos sus amigos:

- “*Vale la pena, por amor al Señor, dejarlo todo y donar toda la vida.*”
- “*Vale la pena vivir y morir pensando en los demás, para ser instrumento de promoción humana y de evangelización.*”
- “*Vale la pena más que “dar a los demás”, darse a ellos, ofreciéndoles oportunidades de formación para prepararse humana y cristianamente para la vida.*”

Los hermanos de esta Inspectoría que lo acogió en los mejores años de su vida salesiana y apostólica, damos gracias al Señor por el testimonio de nuestro hermano Mario. El morir precisamente en el trabajo salesiano, no puede sino constituir un verdadero triunfo de la Congregación.

Nuestras Constituciones dicen: *“La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano. Y cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo”*.

Estas dos afirmaciones son ciertas y se han realizado en nuestro hermano Mario.

También por las noticias recibidas de hermanos que le visitaron en los últimos días, él estaba muy consciente de la gravedad de su situación y conformado a lo que el Señor dispusiese. Con mucha docilidad había aceptado ser trasladado a la casa salesiana de Varazze, donde se atiende a los salesianos enfermos. Estaba prácticamente entregado a la voluntad de Dios, aunque con temores muy humanos propios de quien enfrenta su vida con la muerte.

Así dejó escrito unos días antes, ya en su lecho de enfermo:

—Antes de dormir dije el “Fiat voluntas tua” en mi vida. He despertado sonriendo: no sé la respuesta, sigo teniendo miedo, pero “confío en Dios” ahora y en la hora de mi muerte.

—Antes de dormir dije: “Hágase tu voluntad” en mí, también aquella que no supe hacer; ¡hazla tú! He buscado amar a Cristo, sirviendo a los hermanos como podía y que Él remiende lo que quedó desgarrado. Nunca he odiado o hecho sufrir a nadie voluntariamente. He perdonado y pido perdón.

—Tuve siempre miedo de la muerte y continúo teniéndolo. Y repito con Elisabetta, una amiga inglesa que vi morir de tisis a los 20 años: “No quiero lágrimas, porque es una ocasión de gozo. Estoy sobre el camino para volver a casa. Pido solamente oración y prometo recordarles a todos. Tal vez no descubriré jamás claramente cuál sea la voluntad de Dios con relación a mí, pero esto no me tiene que impedir vivirla cada día, aunque parezca ir a tientas. El hecho de que, no obstante todo, el Señor me ame, antes que consolarme me preocupa,



porque no sé hacer nada para merecer este amor, antes bien... Jesús, no tengo nada que darte, pero te entrego mis dolores y afanes, todos mis miedos y preocupaciones, para que tú me des la serenidad. Con tu amor quiero amar a los demás y que ellos me amen con tu amor; todo gratuito, sin pedir una respuesta, también en la aridez, en el desconsuelo; cuando me es difícil creer que Tú existes, en el fondo está la certeza de tu amor".

Firma de su puño: "El 18/12/1996 un incomprensible Mario, a los amigos").

Mario ha muerto trabajando por las almas, porque gastó su vida en eso y no trabajó por otra cosa: no buscó bienestar para sí mismo, ni fama, ni dinero, ni honores; todo lo que él era y tenía lo dio; es más, se dio a sí mismo y con generosidad.

Dicen nuestras Constituciones: "El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo"

Es esta caridad que no acaba nunca la que nos mueve ahora a dar gracias a Dios por la maravillas realizadas en Mario y a través de él, y a pedir perdón a Dios por las limitaciones y sombras de su vida, realidades de las que, como cualquier ser humano, no podía escapar; y pedimos al Padre que lo acoja en su seno, en su gozo eterno.

La comunidad salesiana de la Inspectoría del Paraguay, y en particular, la de la casa de Don Bosco Roga a la cual pertenecía, se vale de este medio para agradecer también a los familiares y a los salesianos de la Inspectoría de Venecia-Mestre, particularmente a los de la casa de Tolmezzo, por la fraterna acogida y asistencia durante su última enfermedad.

Como hermanos salesianos, lloramos su pérdida y nos proponemos conservar vivo su recuerdo, porque, como dicen también nuestras Constituciones, ese recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión.

A punto de concluir el año centenario de la presencia de los salesianos en Paraguay, la muerte de nuestro querido Mario nos presentó a todos este desafío y compromiso: proseguir con fidelidad la misión salesiana. Que lo que él ya no puede realizar aquí en la tierra en favor de los jóvenes y de los pobres, lo hagamos nosotros siguiendo su ejemplo y contando con su auxilio desde el cielo.

Comunidad de DON BOSCO ROGA

DATOS PARA EL NECROLOGIO

P. CLEVA MARIO

Murió el 12 de enero de 1997, en Tolmezzo (Italia), a los 61 años.